

MAS ALLA DEL CLUB DE ROMA: EL OCASO DE LA CIVILIZACION DE LOS NEGOCIOS

MAURO BARRENECHEA



“Los límites del crecimiento”, publicado por el Club de Roma el año 1972 estremeció a los estudiosos del mundo occidental al describir lo que las computadoras predecían para dentro de varias décadas (véase SIC, Noviembre 1972, p. 415). Financiados por un millonario italiano y realizados por profesores y egresados del Instituto Técnico de Massachussetts así como otras personalidades —este año incluyeron algún científico de un país socialista— estos estudios y predicciones pretenden avisar a tiempo para salvar la presente civilización, por medio de la estabilización en los países industrializados y un moderado crecimiento en los subdesarrollados.

A pesar de la conmoción producida y de los avisos repetidos año tras año, no se ha producido ningún notable efecto, ni parece que en las actuales circunstancias pueda producirse, porque para los negocios del sistema capitalista es incuestionable la necesidad de “expandir o morir”.

En cambio, el libro que vamos a presentar en resumen, titulado “Business Civilization in Decline” (que podría traducirse como “El ocaso de la civilización de los negocios”), no trata de salvar a esta civilización, sino de darnos una visión serena del futuro, indicando que cuando nuestros nietos o biznietos lleguen a ver la aurora de la nueva civilización, no se dolerán de que la actual haya desaparecido.

El autor del libro, cuyo pseudónimo es Robert L. Heilbroner, es Norman Thomas, profesor de Economía de la New York School for Social Research, la afamada institución de los socialdemócratas de Nueva York. Thomas ha escrito otros diez libros, varios de ellos —igual que éste— publicados por W. W. Norton and Company, Inc., 500 Fifth Ave., N. Y. 10036 (1976).

Tres grupos de elementos han servido de inspiración al autor. Por una parte, las valiosas observaciones del crítico capitalista Schumpeter acerca de lo que está royendo y debilitando el espíritu y los valores culturales de la sociedad burguesa. Por otra parte, admite —pero revisándolas— las modificaciones previsibles que, según Marx, producirá por sí mismo el medio en que tienen que trabajar los procesos capitalistas, que traerán cambios mayores que los que el sistema pueda sobrellevar. A esto se añaden datos parecidos a los del Club de Roma, elaborados por Emile Benoit y otros, que muestran la grave crisis que se aproxima en cuestión de recursos no renovables, metales de primera necesidad y contaminación.

Veamos, en resumen, las ideas y datos más sobresalientes.

El capitalismo es estático, no en su relación negocios-Estado —en la cual es muy dinámico—, sino en su estructura de privilegio. Pueden cambiar las cantidades, pero siempre se preserva la situación de privilegio de unos pocos. En 1910, en Estados Unidos, el 10 por ciento de los más elevados percibía cerca de una tercera parte del ingreso nacional. En años recientes, especialmente a partir de 1960, ese 10 por ciento recibe el 30 por ciento del ingreso.

Las estadísticas de ingresos son engañosas, porque se pueden contabilizar de diversas maneras. Pero, examinando datos más substanciales sobre la posesión de riquezas, se encuentra la irrefutable impresión de estabilidad, más que de cambio.

Hay una tendencia, sin embargo, que perturba a los conservadores, y es la continuamente creciente presencia del Gobierno dentro del marco económico. ¿Significa esto una intromisión subversiva?

Veamos esta intervención dividida en tres etapas que parcialmente se entremezclan. La primera comienza en el período de colonización de Estados Unidos, cuando el Gobierno intervenía en la economía como un estímulo directo para la expansión: Proporcionaba fondos para la primera red de carreteras, canales y ferrocarriles, tan importantes para la formación del sistema, robustecido más tarde con el canal de Panamá y el apoyo a la industria armamentista.

El segundo período de relaciones entre el gobierno y el capitalismo empezó después de la Guerra Civil, se aceleró durante el período de Franklin D. Roosevelt y tal vez llega a su máximo en nuestro tiempo actual. La forma principal de intervención consiste en una multitud de agencias, tales como la Interstate Commerce Commission, la Federal Trade Commission, el Federal Reserve System y una gran variedad que aparecieron durante la presidencia de Roosevelt para supervisar las operaciones de la agricultura, servicios y similares.

De una u otra forma, las nuevas agencias trataron de poner orden en aquellos mercados en que el proceso competitivo amenazaba con llevar a bancarrota a la industria, o a la agricultura, o minar la confianza necesaria —como ocurrió con los bancos—, o desmoralizar sus operaciones —como aconteció a los servicios—. Aunque a veces no les gustaran las regulaciones a los hombres de negocios, el hecho es que el poder del Gobierno nunca

NOTA:

(1) Estos datos, así como varios otros que no presentamos en este artículo por limitación de espacio, el autor del libro los tomó de un trabajo escrito por Emile Benoit, titulado “Must Growth Stop?” (¿Debe parar el crecimiento?) que será publicado en una colección de ensayos por Kenneth Boulding.

se ha utilizado para "destruir" ningún sector, sino al contrario, para protegerlo contra la competencia externa o interna y librarle de abusos amenazadores.

La tercera fase de la interacción Gobierno-negocios comenzó con el "New Deal" de Roosevelt y todavía permanece. Consiste en el uso activo de los poderes del Gobierno central para llevar la economía a un nivel aceptable de empleo, crecimiento y bienestar. Esta fase es la que los conservadores han tachado más de "socialista".

Ahora los esfuerzos en muchos países van dirigidos a controlar la inflación inútilmente. Parece que en el capitalismo contemporáneo hay una presión profunda y crónica a subir los precios. Esto hace prever que los gobiernos tendrán que intervenir más ampliamente, de modo que controlen no sólo los precios y salarios, sino también las ganancias y dividendos. Si la inflación es básicamente la consecuencia endémica de la operación del mecanismo económico, ¿qué otro remedio es posible sino la aserción de la voluntad política frente a aquel indeseable resultado? Aunque ahora son pocos los economistas partidarios de que controlen las ganancias y dividendos, finalmente se aceptará esta medida como necesaria, no para destruir sino para salvar el sistema de los negocios.

LAS DOS FUERZAS

El sistema en que vivimos puede concebirse como un ferrocarril con dos máquinas: una económica y la otra política. Pueden coordinar sus esfuerzos o empujar en direcciones opuestas. Sólo así pueden comprenderse las diferencias existentes, por una parte, en el Japón, en cuya cumbre es difícil distinguir entre negocios y Gobierno, y, por otra parte, en Estados Unidos, donde los negocios y el Gobierno se entremezclan, pero guardan sus respectivas identidades. En Noruega hay severos impuestos para los grupos económicamente privilegiados, mientras en Italia apenas se esfuerzan por cobrar los impuestos. En Suecia el aparato gubernamental, aunque muy pequeño, controla fuertemente la economía, mientras en Francia, el formidable aparato es de escasa efectividad. La diferencia está en la capacidad de crear y mantener poderosas autoridades políticas que se enfrenten "contra" y a la vez se pongan junto a la comunidad de los negocios. La máquina política, en algunos países capitalistas, es poderosa, mientras en otros es débil. Es posible que la necesidad de preservar a la sociedad requiera cambios que alteren profundamente las relaciones sociales del capitalismo; más aún, como veremos después, incluso puede llegarse a que el Gobierno se "desprenda" de la base econó-

mica y ejerza el control con el fin último de mantener un sistema de poder político.

LA ETAPA PROXIMA

Para el futuro inmediato —los próximos diez años, aproximadamente— pueden preverse tres tipos de dificultades, que se presentarán en diverso grado en todas las economías capitalistas:

1) **La continua propensión a crear desórdenes generalizados que requieren intervención del Gobierno.** La inflación es sólo el más reciente de estos "macro" problemas. Y la depresión persiste como una peligrosa enfermedad social.

2) **La tendencia a crear serios desórdenes locales.** Son "micro" problemas, tales como la casi bancarrota del sistema de transporte en los EE.UU., la situación casi desastrosa de la estructura financiera en Europa y EE.UU. al comenzar la década del 70, y la casi insolvencia de ciudades como Nueva York y otras. El Gobierno ha tenido que intervenir necesariamente, para evitar las consecuencias que se hubieran producido, y tendrá que intervenir cada vez más, incluso adquiriendo entidades privadas que no producen beneficios y responsabilizándose de actividades públicas que están incapacitadas.

3) **Los peligros provenientes del ambiente sobrecargado y de los recursos que se van agotando.** Mucho se ha escrito acerca de la posibilidad de acabar con ciertos recursos naturales antes de que la tecnología encuentre sustitutos. También va en aumento la angustia acerca del daño que una descontrolada expansión industrial produce en la capacidad de mantenerse la vida en este planeta. Esto da lugar a que se piense seriamente en controlar, dirigir y, si es preciso, suprimir por la fuerza ciertas actividades económicas.

Por lo tanto, la prognosis general para el futuro inmediato aparece muy clara: aumentará la planificación gubernamental, y la sociedad de los negocios irá evolucionando hacia un estado de negocios-Gobierno. La estructura económica consistirá en grandes compañías burocráticas, coordinadas por una agencia de planificación que tratará de reconciliar la búsqueda de beneficios con la evidente necesidad de cortar la actividad en algunas áreas y aumentarla en otras. También procurará evitar los desastres que, tanto en el nivel macro como en el micro, amenazan la estabilidad del sistema de negocios en su conjunto.

En cierto modo, es una adaptación del sistema capitalista para evitar los peligros que podrían destruirlo. Pero, desde otro punto de vista, es más que una

adaptación: el gerente de cada una de las grandes compañías, por mucha autonomía que tenga, se va volviendo más y más un funcionario de la nación-estado, dando entonces al Gobierno el apoyo que hoy día éste da a las empresas. Se irán cambiando los papeles que ahora juegan los funcionarios respecto a los gerentes.

En concreto, durante el primer cuarto de este siglo, el Gobierno apoyaba cualquier iniciativa privada que los empresarios encontraban provechosa para sus dividendos; en cambio, en el último cuarto de este siglo, la industria del transporte aportará su apoyo a cualquier política del transporte que el Gobierno determine ser de interés para la supervivencia nacional. Puede que haya sectores productivos mixtos, en los cuales ciertas unidades están nacionalizadas para establecer las normas nacionales, y el resto de las empresas quedan en propiedad privada, arreglándose por su cuenta para ganar beneficios, y a la vez contribuyendo a que las empresas nacionalizadas o no se fosilicen.

¿Cambiará esto la situación de ese 2 por ciento de las familias más favorecidas del sistema capitalista? Es difícil predecir hasta dónde continuarán esos cuidados por los privilegiados del régimen. Lo que sí se puede decir es que ésta será la era del capitalismo planificado, era de transición entre el actual sistema, dominado por los negocios y el futuro sistema, dominado por el estado.

LA ETAPA INTERMEDIA

Llamamos así a la fase que ocurrirá dentro de veinticinco a cincuenta años. Es la más difícil de prever, ya que tanto la etapa descrita como la final son bastante claras; en cambio, para la etapa intermedia hay bastantes conocimientos por una parte, y por otra bastante incertidumbre.

(Véase SIC, "Revolución Capitalista", por Luis Ugalde, Abril 1975, p. 173).

Las dos predicciones más convincentes se ve ya desde ahora que van a fallar. La primera es la de Marx en "El Capital", al predecir que las fuerzas productivas de la sociedad entrarán en contradicción con las relaciones sociales existentes y sobrevendrá la época de la revolución social. La Historia muestra que cada vez que el capitalismo sufre un cambio violento, como en Italia y Alemania, se mueve hacia la derecha, no hacia la izquierda. Y después de que pasa la crisis, resurge en buenas condiciones, como ocurrió en Alemania y Japón después de la guerra.

La previsión se hace difícil porque la clase trabajadora no es revolucionaria por temperamento. ¿Por qué fallaron las predicciones de Marx? Por muchas razones. Una de ellas es que las condiciones miserables de la vida de los trabajadores

fueron aliviadas lentamente. Otra es que la expansión capitalista y tecnológica no aumentó el proletariado, que no tiene nada que perder sino sus cadenas, sino que lo disminuyó, engrosando el número de los empleados de clase media. Como resultado, la clase trabajadora es menos "proletaria" y más "burguesa". También contribuyó cierta desilusión hacia el socialismo, al ver que las duras realidades del estalinismo desvanecían las esperanzas de que el fin del capitalismo traería rápidamente una sociedad sin clases.

La otra predicción fallida consiste en que el éxito económico no garantiza una armonía social. Si en la década de los 30 hubieran sabido que para mediados de la década del 70 la gente de EE.UU. iban a tener un producto nacional bruto que efectivamente duplicara el ingreso per cápita de la mayoría de la población, habrían pensado que esa iba a ser una época de paz y buena voluntad. En realidad no ha ocurrido así: el crecimiento económico no es el gran disolvente de las dificultades sociales, porque la pobreza, más allá de cierto límite, se vuelve relativa, de modo que aunque haya crecimiento se siente la privación de lo que no se tiene. Cada generación da por descontado el nivel de vida que hereda de la anterior, sin necesidad de sentir gratitud hacia el pasado. La abundancia no proporciona un sentido de entusiasmo, ni de comunidad, ni de conformidad. Más bien, al no estar angustiados por la lucha contra la extrema pobreza, se pasa a expresar la falta de satisfacción en lo político y en lo social. La juventud se siente apática, cuando menos, hacia el "exitoso" capitalismo, o se acoge a la subcultura de la droga o al grito de una democracia participativa. En otras palabras, es posible que se entre en una era en que los profundos cambios de la vida socaven el capitalismo de una manera más fatal que la imaginada revolución del proletariado.

Problemas que adquirirán bastante importancia en la etapa intermedia:

— El reemplazo del trabajador por la máquina. Llegará el tiempo en que el trabajo no podrá ser la fuente de ingreso para gran parte de la población. La autoridad política tendrá que intervenir más en el proceso económico, por un camino diferente, para la distribución de los ingresos.

— El enorme crecimiento de los técnicos dentro de las grandes empresas, y fuera de ellas, en el Gobierno, y que se esforzarán en formar una "tecnocracia" cada vez más poderosa. Parece que la lucha en esta etapa no será entre capitalistas y trabajadores, sino entre capitalistas y la élite científico-técnica, lucha parecida a la que ocurrió al fin de la época medieval y comienzo del capitalismo

entre los nobles y la burguesía. El campo de la misma será la zona política del capitalismo, no la económica, y los resultados serán distintos en los diferentes países.

— El incontrolado avance de la ciencia y la tecnología. Ningún país se atreve a controlarlo por varias razones: es difícil prever los malos efectos, y produce beneficios económicos y ventajas militares. No es fácil prever si algún país no capitalista se decidirá a someter a examen y control tales avances científicos y tecnológicos.

Se puede asegurar con bastante certeza que estos problemas están tan enraizados en los países socialistas como en los capitalistas. Por lo tanto, la etapa intermedia puede calificarse como de retos que afectarán a ambos sistemas, si bien cada uno tendrá diferentes posibilidades de enfocarlos. Los países socialistas pueden estar mejor preparados para la crisis, pero tienen los inconvenientes de su pesada maquinaria de planificación, su falla en hallar incentivos superiores a los del capitalismo y, sobre todo, su restrictiva actitud política.

En el futuro intermedio, aunque impedidas por las cargas del pasado, tanto las economías socialistas como las capitalistas se irán moviendo hacia lo que, con cierto escepticismo, llamamos la era "post-industrial". Son tres las características de esta era: 1) Marcada disminución de la agricultura y aumento de los servicios; 2) aumentos cualitativos —más que cuantitativos— en conocimientos y educación; 3) disminución de los conflictos laborales, por mayor intervención del estado. Habrá tanta diferencia entre esa época y la actual como la hay entre la actual y la pre-industrial. Predominará el poder político. El hombre, con mayores conocimientos, y más consciente de sí mismo, será capaz de prever y remediar los golpes de los eventos sociales y aun las catástrofes de la Naturaleza. Podrán ocurrir graves errores políticos, pero el hombre se irá liberando de la obediencia sumisa a fuerzas que sobrepasan su comprensión y aun su cuestionamiento.

Las transnacionales continuarán expandiéndose rápidamente. Plantearán el conflicto entre los dos modos de organi-



... contaminación ambiental en aumento...

zar los asuntos económicos: 1) el "vertical", consistente en estructuras de producción altamente centralizadas y pan-nacionalizadas, y 2) el "horizontal", expresado en las celosamente guardadas fronteras de la nación-estado.

El capitalismo transnacional, para poder competir con la nación-estado, irá fortaleciendo su brazo político y planificador. Pero también se irán fortaleciendo las fuerzas irracionales de los nacionalismos. Estos dos mecanismos centrales perdurarán hasta que se transforme la sociedad bajo las fuerzas disolventes del tercer período, a largo plazo.

ULTIMA FASE DEL CAPITALISMO

Algunas civilizaciones primitivas, estáticas, continúan indefinidamente porque no cambian. Pero ninguna civilización dinámica permanece para siempre. El capitalismo, como una forma reconocible de organización social, dejará de existir antes de cien años, es decir, durante la vida de nuestros nietos o biznietos, a no ser que antes de ese tiempo una guerra atómica acabé con las sociedades industriales de hoy.

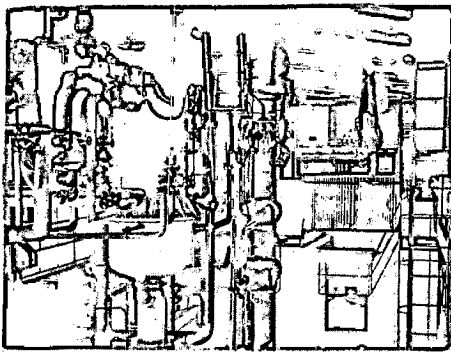
Dos razones hacen fijar los límites en una centuria:

1) La expansión industrial, que es exponencial, o sea que procede como un alud, que arrasa cada día con mucha mayor fuerza los recursos naturales no renovables y deja mayor cantidad de residuos, simplemente para mantener su creciente expansión. Ningún proceso social de carácter exponencial puede continuar indefinidamente, porque tendrá que parar cuando consuma todos los recursos y envenene el ambiente con sus residuos.

Para darnos cuenta de los efectos de ese aumento exponencial, consideremos el aluminio. Se calcula que hasta un kilómetro de profundidad, alrededor del mundo, hay suficiente mineral para aprovisionarnos durante 68.000 años, si se utilizara la cantidad actual. Pero si sigue la expansión de su uso en un 6,4 por ciento más que el año anterior, se acabarán esos inmensos recursos en 140 años.

Más impresionante aún es la aplicación de los cálculos exponenciales a los recursos minerales en su conjunto. En la actualidad se extraen 2.700 millones de toneladas de los diez minerales más importantes, cada año. Si creciera la extracción de esos minerales tan sólo el 3 por ciento anual por mil años, consumirían un peso mayor que todo el planeta en que vivimos. De hecho, es dudoso que se pueda mantener la extracción de estos diez minerales por 200 años (1).

Por consiguiente, ese crecimiento exponencial que ha sido la característica central del capitalismo, no puede continuar para siempre.



expansión industrial que arrasa con recursos naturales.

2) Otra razón para prever el final del capitalismo es el problema de la contaminación ambiental. Hay numerosos efectos "venenosos" como consecuencia del sistema capitalista (véase "Costos sociales de la empresa privada", SIC, Abril 1974, p. 161). Tal vez uno de los efectos más notables es la modificación del clima. Un crecimiento continuado a razón de 3 y 4 por ciento anual, como ocurre actualmente, producirá cambios mayores en las temperaturas locales y en todo el globo terráqueo, en forma irreversible, según el jefe encargado del Centro Nacional de Investigación Atmosférica, de EE.UU. (véase "Las catástrofe ecológica", por Emilio Pacheco, SIC, Mayo 1975, p. 208).

Otro grave peligro consiste en el calor producido por el hombre y que se añade a la energía solar: con la actual proporción de crecimiento, en 150 años ese calor producido igualaría al 1 por ciento de la energía proveniente del sol, y si se continuara por otros cien años, el planeta se haría inhabitable.

Desde el punto de vista de la contaminación y de la escasez de recursos se puede calcular que en cien años tiene que pararse el crecimiento. Tanto los países socialistas como los capitalistas tienen que ceder y adaptarse a las restricciones impuestas por un planeta que rápidamente es empujado hasta los límites de habitabilidad.

Al terminar el crecimiento, viene el fin del capitalismo, ya que ésa es su principal característica. Se restringirán los beneficios y la acumulación de la propiedad privada. Las peticiones de aumento de sueldo de los trabajadores no se podrán contrarrestar consiguiendo mayores beneficios por medio de la expansión de los negocios. En un sistema sin crecimiento económico, la lucha por la distribución de los ingresos se convierte en un conflicto sobre el derecho de propiedad.

Cuando los peligros ambientales sean inminentes, la planificación de los gobiernos ya no será para salvar al capitalismo; tendrá que desentenderse de los criterios tradicionales de la civilización de los negocios y cuidar de la supervivencia de la sociedad. No sabemos si la autoridad

política utilizará medios "científicos" para asignar la explotación de recursos y la distribución de ingresos, o si se impondrá una disciplina militar. Lo claramente previsible es que el juego libre del mercado y el derecho a manejar empresas privadas serán cosas del pasado.

También desaparecerá la actitud favorable hacia el capitalismo, basada en el contentamiento material que produce al liberar de la situación de insuficiencia material. Ya no tendrá ese atractivo del dinero que fluye abundantemente; en cambio, irá apareciendo más crudamente la erosión causada por la comercialización de todo: los deportes, el folklore, etc.

Y DESPUES, ¿QUE?

Después del capitalismo no es de esperar una revolución. Su desaparición se hará gradualmente, hasta llegar a otra civilización tan diferente que no se podrá llamar con el mismo nombre.

Puede esperarse que ocurra como con la caída del imperio romano, unos cien años después del saqueo de Roma: las instituciones establecidas por el imperio fueron perdiendo su capacidad de proveer ordenadamente a los antiguos territorios romanos, y a la vez una profunda y universal falta de fe destruía el imperio interiormente. Una variedad de formas políticas semirromanas se mantuvieron por un tiempo: los reinos Ostrogodo y Visigodo, el coloso de Bizancio y el "imperio" carolingio. De modo semejante, el ocaso de la civilización de los negocios puede o no señalarse por cierto evento comparable al saqueo de Roma, pero también puede que le siga una variedad de órdenes sociales, algunos de los cuales tengan instituciones o valores semejantes a los negocios. Pero luego todo seguirá una dirección que no guardará mucha semejanza con el presente orden social.

Hay otra analogía: así como la religión cristiana tuvo una gran importancia en el paso a la Edad Medieval, tan completamente diferente, así también se puede esperar que una nueva orientación religiosa llegue a ser una fuerza mayor en la transformación de la civilización de los negocios. Esta orientación religiosa, tal como puede preverse, será la elevación del destino colectivo y comunal del hombre y la absoluta subordinación de los intereses privados a los requerimientos públicos.

Los historiadores del futuro no se lamentarán por el ocaso de la civilización de los negocios. ¿Quién deplora la desaparición de la esclavitud en los griegos, o de las relaciones feudales entre los señores y los siervos de la gleba?